

## CAPITULO XIX

### En la última trinchera

Por el tiempo en que Spencer iniciaba sus operaciones en el San Juan, Walker comenzaba a concentrar sus tropas en Rivas, pequeña ciudad con casas de gruesas paredes de adobe convertida en plaza fuerte por los costarricenses cuando su invasión del pasado abril. Era ideal como plaza defensiva. Una legua al Este queda el puertecito de San Jorge, en la ribera del Lago de Nicaragua. Al Sur corría la ruta terrestre del Tránsito, hacia la cual partían desde Rivas tres caminos divergentes; gracias a ellos los filibusteros controlaban la ruta. El total de las fuerzas de Walker acuarteladas allí el 3 de enero de 1857 ascendía a 919 hombres, 197 de los cuales se hallaban enfermos. Con los encargados del abastecimiento de la tropa y los de otras dependencias, más los destacados en diversas comisiones, el número de combatientes se reducía a 519. Dos semanas después de la ocupación de Rivas el **San Carlos** zarpó de La Virgen con los pasajeros procedentes de California, pues los filibusteros ignoraban todavía que Spencer había capturado todos los otros vapores. Pasados varios días sin que ninguno de los vapores del lago apareciera, los hombres concentrados en Rivas comenzaron a preocuparse, pero nadie había soñado siquiera que el enemigo pudiera haberse apoderado de todos los barcos, y se pensaba que de haber sido vistos los costarricenses en el río la noticia habría sido llevada a Rivas. Los más optimistas, por tanto, atribuían el retraso a cualquier causa fácilmente imaginable en relación con el transporte de pasajeros de y para San Juan del Norte.

Fueron días largos de vigilancia y desvelos, y ningún vapor aparecía. Luego un día de tantos se vio venir sobre el lago y hacia La Virgen al tan largamente esperado **San Carlos**, pero al acercarse al muelle no hizo las señas convenidas ni devolvió las que se le hicieron desde tierra. Sólo echó un vistazo al lugar y enfiló rumbo al Norte. Muchos americanos que allí residían recogieron apresuradamente sus enseres, los metieron en sacos y partieron a pie a todo escape a San Juan del Sur con la esperanza de tomar el vapor de California que aguardaba todavía a los pasajeros que debían llegar procedentes del Atlántico. Destacóse en el acto a un piquete de soldados a impedir que el enemigo desembarcara en La Virgen; y allí esperaron una semana entera, sin noticias de los costarricenses, hasta que de nuevo apareció el **San Carlos** fondeando en Ometepe a plena vista de los filibusteros acantonados en La Virgen. Pocos días después amaneció allá también el vapor **La Virgen**; y entonces se supo toda la triste verdad. <sup>(1)</sup> Los dos vapores del lago y probablemente todos los del río habían caído en poder de los aliados. Pero no fue sino hasta el 24 de enero que de Panamá le llegó información fidedigna a Walker de todo lo ocurrido en el Río San Juan. <sup>(2)</sup>

Poco antes de emprender Spencer su campaña habían los filibusteros traído de San Juan del Norte una pequeña goleta que para echarla al lago reparaban en La Virgen, cuando aparecieron los vapores frente a la playa de la isla de Ometepe. Walker pidió su opinión a Fayssoux sobre la posibilidad de utilizarla en un intento de volver a tomarse los vapores; había quienes ardían en deseos de cruzarse por la noche a Ometepe en la goleta con viento favorable y recapturarlos. Fayssoux opinó en contra del plan, y para que la goleta no cayera en poder de los aliados se le pegó fuego.

<sup>15</sup> El General Mora no hizo por donde comunicarse con los aliados acuartelados en Masaya hasta que hubo llevado to-

(1) "Experience of Samuel Absalom, Filibuster", Atlantic Monthly, IV., Págs. 651 - 65.

(2) La Guerra de Nicaragua, Págs. 356 - 7, por Walker.

das sus tropas a San Carlos, dejando así asegurada la defensa del río. Estaban ya los aliados casi a punto de abandonar la campaña cuando les llegó la noticia del triunfo costarricense. Esto dio a Mora y a Cañas prevalencia ante los generales aliados, de lo cual salió Cañas con el nombramiento de Comandante en Jefe, y se ordenó acto seguido marchar de frente sobre Rivas. Henningsen, entre tanto, había consolidado las defensas de esa ciudad. Walker pensaba mantenerse siempre a la ofensiva, pero antes quería poner la ciudad en tal estado de defensa que una pequeña guarnición pudiera retenerla y conservar a salvo sus víveres y pertrechos, mientras él, con el grueso de sus fuerzas, saldría a darle batalla al enemigo. Los filibusteros pegaron fuego a los ranchos de las rondas de la ciudad y desbrozaron sus montuosos alrededores para que los aliados no pudieran emboscarse allí. Hiciéronse nuevas trincheras y se reforzaron las viejas. El Coronel Swingle montó talleres de mecánica en la ciudad y en San Juan del Sur se apropió de una maquina de vapor que acondicionó como taller de fundición para fabricar balas de cañón, quizá la primera fábrica de ese género montada en Nicaragua. Apropióronse igualmente los filibusteros de todas las campanas de las iglesias de Rivas y su inmediaciones para convertirlas en balas.

El 26 de enero ocuparon los aliados el pueblo de El Obraje, (+) unas tres millas al Norte de Rivas, y se atrincheraron tan perfectamente allí que Henningsen aconsejó no atacarlos a fondo. Dos días más tarde se trasladaron a San Jorge, en las orillas del lago, desde donde podían comunicarse con Mora. Aquí también levantaron rápidamente trincheras. (1). El 29 salieron Henningsen y Sanders a desalojarlos de ese punto. Pero los celos que Sanders y otros oficiales tenían de Henningsen motivaron la desunión de las fuerzas. Y hubo más todavía: varios oficiales bebieron tanto

(+) Hoy Belén (N. del T.).

(1) "La rapidez con que los soldados centroamericanos construyen barricadas es casi increíble; una larga práctica los ha hecho en esto más diestros que el mismo poblacho de París". *La Guerra de Nicaragua*, Pág. 360, por Walker.

aguardiente antes de entrar en combate, que se les fue a la cabeza y no entendieron ni pudieron ejecutar fielmente las órdenes de sus superiores. En el ataque —que fue un desastre— Walker perdió casi ochenta de los cuatrocientos hombres que mandó allá. Los aliados estaban en superioridad numérica de cinco a uno, y de tal manera atrincheros que el éxito habría sido imposible aun cuando la proporción entre filibusteros y aliados hubiese sido a la inversa. A causa de aquellos celos Walker relevó a Henningsen, y a las cuatro de la mañana del 4 de febrero a la cabeza de doscientos hombres atacó San Jorge. Y por segunda vez no pudieron los filibusteros tomarse las trincheras. Volvieron a sufrir un desgaste que no podían permitirse en esas circunstancias; veinticinco hombres perdieron, incluso algunos de sus mejores oficiales.

El Presidente Mora recurrió a nuevas tácticas para urdir la ruina de los filibusteros. El año anterior, cuando entró en Nicaragua, amenazó con fusilar a todo filibustero que fuese tomado con las armas en la mano. Esto no había hecho más que enardecer la resistencia de ellos, haciéndoles pelear con más fiereza. Ahora en cambio Mora hacía circular hojas impresas en las afueras de Rivas prometiendo protección y pasaje gratis hasta Estados Unidos a todo aquel que desertase de las filas de Walker. Ya no quería acabar con todos los invasores, únicamente con su líder. En 1856 había declarado guerra a todos los filibusteros; en 1857 se la hacía a uno solo. Los efectos de la promesa de Mora se hicieron sentir en breve. La desertión brotó como epidemia. Se hizo cosa de todos los días y más principalmente entre los californianos, cuya vida libre en el Oeste los había hecho menos dóciles a los rigores de la disciplina militar que los oriundos de los estados americanos del Atlántico. Cerrado el Río San Juan, ya sólo llegaban reclutas de San Francisco, y muchos de ellos, amargamente desilusionados por no haber encontrado la situación como se las habían pintado, y no sintiéndose ya obligados moralmente a servir una causa que parecía agonizar, se pasaban en la primera oportunidad a los

aliados. No tenían con Walker lazos que los ligaran, como los que ataban a los sobrevivientes de "aquellos cincuenta y seis primeros" y a otros llegados al principio.

Tras de cada rechazo de los filibusteros, los aliados peleaban con más confianza. Entonces fue que éstos empezaron a salir de sus trincheras, y el 5 de marzo llegaron hasta el propio camino del Tránsito donde inflingieron una tremenda derrota a los rifleros de Walker jefeados por Sanders y Waters, enviados allá con la misión de hacer retroceder a los aliados a San Jorge. (+). Esta vez ambos bandos pelearon en números casi parejos (160 rifleros contra 200 aliados); el efecto de esta derrota deprimió mucho a los americanos. Viendo que algo serio debía hacerse para vivificar el abatido espíritu de su gente, Walker planeó hacer un último esfuerzo lanzando todas sus tropas contra los aliados atrincherados en San Jorge. Cuatrocientos hombres era todo de lo que podía disponer para el empuje. Henningsen sacó su artillería, que eran siete cañones de diversos tipos. La marcha sobre el puertecito comenzó a las dos de la mañana del 16 de marzo, y al amanecer la artillería rompió los fuegos. El cañoneo obligó a los aliados a desocupar la plaza, y se metieron en gran número entre el tupido monte de las afueras con el fin de picarle la retaguardia a Walker y cortarle la retirada a Rivas. Este movimiento obligó a Walker a dar media vuelta y presentar batalla en el camino que conducía a su cuartel general. Durante su ausencia los aliados habían tratado de entrar en Rivas, pero Swingle los mantuvo a raya. Sin embargo, a media legua de la ciudad habían ellos levantado una trinchera, y los filibusteros tuvieron que pelear un día entero para poder volver con su artillería y heridos al lugar de donde salieron. Setenta y seis de los cuatrocientos fueron muertos o heridos, y no hicieron nada digno de mención. San Jorge seguía en poder de los aliados y éstos continuaban recibiendo refuerzos, mientras que los filibusteros, tras de lanzar contra aquéllos lo más de las fuerzas que pu-

(+) Fue esta la batalla de El Jocote, ganada por el General nicaraguense Fernando Chamorro. (N. del T.).

dieron, estuvieron a punto de ser envueltos y exterminados. Este asalto del 16 de marzo fue el último golpe que descargó Walker. De ahí en adelante se mantuvo estrictamente a la defensiva. Aun habiendo sufrido los aliados en cada uno de los encuentros bajas mucho mayores que los filibusteros, podían seguir dándose el lujo de perder cinco hombres por uno de Walker, y aun así pelear en términos iguales.

Justamente una semana después, con los primeros indicios del amanecer del 23 de marzo, los aliados tomaron la ofensiva atacando a los filibusteros en Rivas. Fueron repelidos con fuertes pérdidas y el cañón de a cuatro libras de Cañas, que un artillero italiano manejaba con pericia, les fue tomado y llevado en triunfo a la ciudad. Pero seguían empleando dos arqueológicos cañones de a veinticuatro libras del tiempo de la colonia que habían llevado allí por el lago. A intervalos irregulares lanzaban con ellos balas rasas sobre la plaza, las cuales recogían Swingle para refundirlas y devolvérselas en balas de a seis.

Un rol de las fuerzas, enviado al día siguiente por Walker a Edmund Randolph, revela que en Rivas había un total de tal vez ochocientos hombres, 332 de los cuales eran aptos para pelear, y 224 yacían enfermos o heridos. El resto se componía de empleados de los almacenes de guerra, de la intendencia y de los hospitales, de soldados con licencia y de civiles. Walker aseguraba que bastaría un leve empuje para desalojar al enemigo; pero que no quería desperdiciar hombres innecesariamente, de modo que se limitaría a retener la ciudad en espera de saber algo definitivo acerca de Lockridge. Había enviado a éste por la vía de Panamá un mensaje diciéndole que viniera a juntársele en Rivas, y que él no evacuaría la ciudad mientras tuviera esperanzas de que los americanos se abrirían paso por el río. (1).

Ya no podían hacerse salidas de aprovisionamiento lejos de Rivas, pues corrían el riesgo de una emboscada. El

[1] Libro de recortes de Wheeler, Vol. 4, Pág. 235.

27 de enero los sitiados probaron por primera vez la carne de mula en su menú. (1). Matáronse las primeras secretamente por la noche junto con unos bueyes, y nadie sospechó lo que se estaban zampando. Pero al día siguiente se descubrió la engañifa, y entonces algunos rehusaron comer su ración de carne hasta que se les dijo que sin darse cuenta habían estado comiendo mula desde días antes. Junto con esa carne dábbase a la tropa plátano y chocolate. Los animales comían hojas de mango. Mas no fue la carne de mula ni fueron los cañones de a veinticuatro libras lo que abatió a los filibusteros en Rivas, sino el constante pasarse a los aliados. Unos cuantos desertores, seducidos por la promesa de garantías dada por Mora, lanzaron mensajes dentro de las líneas de Walker haciendo saber a sus excamaradas que los costarricenses habían cumplido estrictamente su palabra. Algunos de esos mensajes llegaron a su destino y las deserciones aumentaron grandemente. Por ejemplo, de la última compañía de californianos llegada el 7 de marzo a Nicaragua (setenta Guardias de la Estrella Roja) no quedaban a principios de abril más que doce. (2).

Los filibusteros tenían que para el 11 de abril, aniversario de la segunda batalla de Rivas, los aliados lanzaran otro asalto a la ciudad, y su temor se hizo realidad antes de clarear el día. Por tres puntos embistieron los aliados, y por los tres fueron rechazados. Unas tropas guatemaltecas llegadas el día anterior, arremetieron de frente ignorando por completo el alcance de los rifles, y se acercaron tanto a las trincheras filibusteras que a éstos casi les daba lástima matarlos. Walker sólo tuvo tres muertos y seis heridos, en tanto que los aliados perdieron de 600 a 800 hombres. Walker, no teniendo qué dar de comer a los heridos aliados que después del frustrado asalto quedaron dentro de sus líneas, se los devolvió al enemigo bajo bandera de tregua. Durante

(1) *With Walker in Nicaragua*, Pág. 154, por Jamison; el *Delta*, de Nueva Orleans, 28 de mayo de 1857.

(2) El capitán de esta compañía escribió un relato de su corta e ignominiosa carrera. Ver *Last of the Filibusters*, por William Frank Stewart. (Sacramento, 1857).

la lucha los filibusteros hicieron también sesenta prisioneros. Walker propuso a los aliados canjearlos por ganado vacuno, pero su propuesta fue rechazada. Insinuó en seguida que les mandarían de comer mientras los tuviera él en su poder. Esta propuesta fue igualmente rechazada, pues los aliados dudaban, y con razón, que los víveres llegaran a manos de los prisioneros. El asalto del 11 de abril fue la última acción de la guerra. De ahí en adelante los choques fueron sólo tiros sin ton ni son y escaramuzas entre piquetes y retenes.

Por la noche del día del ataque despachó Walker a San Juan del Sur al Capitán Hankins a pie con dos muchachos del país a recoger la correspondencia de Panamá. Regresó a caballo el 14; el solípedo llegó a incrementar la escasa provisión de comestibles. Este incidente demuestra que los aliados no tenían cercada toda la ciudad, y que de haberlo querido, la fuerza entera de filibusteros pudo haber salido de Rivas a la costa del Pacífico sin estorbo ni tropiezo. A decir verdad, esto era precisamente lo que Walker tenía en mente hacer tan pronto como la falta de víveres le hiciera imposible seguirse sosteniendo por más tiempo en Rivas. Seguía él en la ciudad en parte porque esperaba que llegara Lockridge, a quien había ordenado juntársele allí, y en parte también porque no quería que los centenares de enfermos y heridos cayeran en manos de los aliados. Su propósito era, en caso de que fuese necesario evacuar Rivas, dirigirse a San Juan del Sur y embarcar toda su tropa en la goleta **Granada**, bien perrechada entonces. Hankins trajo cartas informándole de la llegada a San Juan del Norte de los "Batidores del Alamo" y de una compañía de Mobila en refuerzo de Lockridge. Esto inyectó cierto aliento, pero Hankins trajo también cartas de Nueva York haciendo saber que Morgan y Garrison habían resuelto retirar sus vapores oceánicos de la línea de Nicaragua. De manera que aun cuando Lockridge coronase sus esfuerzos, ya no podría esperarse la llegada de más reclutas de Estados Unidos hasta que se hiciesen otros arreglos para su transporte, lo cual ponía de manifiesto que los días del régimen filibustero estaban contados.



Walker achaca a debilidad y timidez el hecho de que la compañía naviera lo abandonase, y declara que si bien él creía que Morgan y Garrison le serían fieles solamente hasta cuando conviniese a sus propios intereses, por lo menos esperaba de ellos mayor osadía y sagacidad que las demostradas en esos críticos momentos. (1). Pero, a decir verdad, esos hombres revelaron sensatez percatándose de lo inútil que era seguir peleando con Vanderbilt; y puesto que los barcos de ellos no servirían sino para llevar refuerzos y pertrechos a Walker —empeñado en esos momentos en una causa perdida— el retiro de sus vapores no solamente era necesario como cuestión de política económica de la compañía, sino también un acto humanitario, ya que a todo nuevo recluta que llegara a Nicaragua no le esperaban más que muchos sufrimientos y tal vez la muerte; sólo embaucados podían ir allá. No fue pues traición de parte de Morgan y Garrison lo que hizo zozobrar la empresa de Walker. Los vapores de esos señores continuaron prestándole servicios en el Pacífico hasta más de tres meses después del cierre del Tránsito, y de los puertos del Atlántico siguieron también llevándole reclutas mientras hubo esperanzas de reabrir el río.

Y he aquí que otro actor entra entonces en escena. A principios de febrero ancló en San Juan del Sur la corbeta americana **Saint Mary**, al mando del Capitán Charles H. Davis. El Comodoro Mervine le ordenó el 19 de enero de 1857, en Panamá, dirigirse a aquel puerto y adoptar allí las disposiciones pertinentes para proteger la vida y la propiedad americanas mientras durase la precaria situación de Nicaragua. (2). Poco después de haber arribado Davis, los aliados le pidieron que impidiese en San Juan del Sur nuevos desembarcos de reclutas para Walker, basando la solicitud en que tal medida estaría de acuerdo con la política del gobierno americano que en numerosas ocasiones había impedido la salida de expediciones filibusteras de Estados Unidos. Da-

(1) *La Guerra de Nicaragua*, Págs. 391 - 2, por Walker.

(2) House Doc. 2, 35 Cong., 1 Sess. Libro de recortes de Wheeler, Vol. 4, Pág. 203.

vis respondió que si bien era deber de los funcionarios de su gobierno aplicar la ley de neutralidad dentro de las jurisdicción territorial de Estados Unidos, ello no obligaba a los oficiales navales a aplicarla en territorio de naciones extranjeras. Y les manifestó además que su gobierno sabía de la guerra civil que desguazaba a Nicaragua, pero que era neutral en ella. En consecuencia, dijo él, no podía prestar ayuda a ninguna de las partes beligerantes, pero sí la debida protección a la propiedad y la vida de norteamericanos.

Como protector de la propiedad americana Davis desplegó encomiable celo. Cuando la captura de los vapores del lago, por ejemplo, hallábase en el puerto de San Juan del Sur el barco americano **Narragansett**. Walker se apoderó de sus botes llevándoselos al lago con el propósito de utilizarlos en la recaptura de los vapores. Davis hizo que los devolviera. En otra ocasión, una patrulla costarricense disparó en aquel mismo puerto contra un grupo de marineros del vapor **Ori- zaba**, de Morgan y Garrison. Se les había enviado a tierra a surtirse de agua potable y uno de ellos fue apresado. Davis intercedió consiguiendo que lo soltaran. (1). El 24 de abril, con el consentimiento de los beligerantes, envió Davis al Teniente Huston y a un cabo de marinos a Rivas a evacuar de allí a las mujeres y a los niños para llevarlos a San Juan del Sur bajo protección de las bandera americana.

En esa situación las cosas, convínose en una cesación de hostilidades durante la cual filibusteros y aliados fuera de las trincheras se confundieron en regocijada camaradería. Los aliados obsequiaron aguardiente y tabaco a los filibusteros, lo que fue una bendición para los adictos al fumado y la bebida; y eso fue también probablemente ocasión para que muchos incrédulos viesan la conveniencia de desertar. Sea como fuere, de ahí en adelante las deserciones se hicieron más comunes todavía, hasta el punto de que durante la semana siguiente llegaron a ser de quince y veinte al día. El colmo

(1) Libro de recortes de Wheeler, Vol. 4, Pág. 229.

fue que uno de los médicos del hospital desertó y por la noche se acercó a las trincheras a distancia de ser oído, y desde allí exhortó a los filibusteros a pasarse al campo aliado — todos los que pudieran hacerlo — asegurándoles que serían bien tratados. Dábales su palabra de honor, como francmasón que era, de que al tomar la ciudad los aliados no harían ningún daño a los enfermos y heridos que encontraran allí. (1). Esta última consideración había hecho que muchos filibusteros siguieran todavía leales. El temor de que el enemigo degollara a sus camaradas y heridos, como lo habían hecho el año anterior los costarricenses, daba fuerza a muchos para pelear hasta morir. Titus, el "Matón de la Frontera" que después de su chasco de El Castillo se había incorporado a Walker por la vía de Panamá; Bostic, Secretario de Estado de Walker; y Bell, Mayor de Infantería, fueron algunos de los que se pasaron a los aliados. El mal ejemplo dado por los oficiales cundió entre los soldados. Unos cuantos desertores fueron tan desconsiderados que se llevaron sus caballos, empobreciendo aún más los ya menguados comestibles. Noche a noche Titus y otros desertores se encaramaban en las trincheras aliadas instando a sus ex-camaradas a venir a juntarse a ellos, llamándolos a veces por sus propios nombres y haciéndoles agua la boca con descripciones de comida, tabaco y guaro en abundancia. Los americanos no peleaban allí por su patria; poquísimos lo hacían por algo que no fuese el amor a la aventura — causa que en verdad no tiene nada de sagrado — de modo que nada de extraño tenía que en la primera oportunidad escapasen de los tormentos del hambre y la sed de guaro que a los más de ellos mortificaba, y bajo las copiosas lluvias de la noche buscaban el amparo de los que habían sido sus enemigos. Finalmente Walker expidió un comunicado diciendo que todo aquel que así quisiera podía irse solicitándole a él salvoconducto. De esa manera no se les consideraría desertores. Sólo cinco aprovecharon la ocasión, y cuando salían de la ciudad fueron rechiflados y

(1) Libro de recortes de Wheeler, Vol. 4, Pág. 212.

escarnecidos con gritos de irrisión. A uno que le faltó coraje y se volvió del camino, Walker lo echó del campo.

El 28 de abril Walker visitó a la tropa en sus cuarteles. Les habló asegurándoles haber recibido noticias de Lockridge, quien llegaría, les dijo, de un momento a otro. Sabíase que ese día Walker había recibido correspondencia, lo que dio a los hombres esperanzas de que lo dicho por él fuera cierto. Sin embargo nada ocurrió, salvo tiroteos esporádicos hasta el anochecer del 30 en que un ayudante de campo del General Mora llevó a Walker una carta del Capitán Davis. Este, viendo que la situación de Walker era insostenible, se presentaba en carácter de mediador entre filibusteros y centroamericanos con miras a poner fin al conflicto llevándose del país a los primeros. Mora, rechazado dos veces en intentos de tomarse por asalto la ciudad, estaba convencido, según propia confesión de que el logro de su objetivo costaría mucha sangre, pues había descubierto que el enemigo era mucho más fuerte de lo se le había hecho creer. Estaba resuelto a obligar a Walker a rendirse por hambre cuando intervino Davis manifestando que si se salvaba la vida de los americanos él conseguiría la capitulación del líder filibustero. A cambio de salvarles la vida Mora recibiría todas las armas y demás pertrechos que aquéllos tenían en San Juan del Sur y Rivas. (1). De buen grado aceptaron los aliados la propuesta, pues merced a ella ganarían la guerra sin tener que seguir peleando ni gastando más dinero. Davis envió a Walker la citada carta. Cruzáronse varios mensajes antes de entablar en firme las negociaciones. Se arreglaron los preliminares en las primeras horas de la noche y Walker envió a Henningsen y Waters como delegados ante Davis en el campo aliado. El oficial naval les dijo que tenía pleno conocimiento de la situación de Walker, quien sólo podía sostenerse a lo más unos días. Les informó asimismo que Lockridge había abandonado la campaña del San Juan regresándose

(1) El informe oficial de Mora lo reprodujeron varios periódicos americanos que lo tomaron de *Crónica*, de San José de Costa Rica. Libro de recortes de Wheeler, Vol. 4, Pág. 215.

a Estados Unidos, y que ya no volverían vapores a San Juan del Sur. Sabía además, añadió, que los americanos carecían de víveres y desertaban en gran número. Proponía, en consecuencia, que los sobrevivientes se rindieran a él y que Walker y dieciseis oficiales de su elección subieran a bordo del **Saint Mary** con destino a Panamá; los demás oficiales y soldados serían llevados también allá, pero por otra ruta, acompañados de un oficial de la marina americana y bajo la protección de su bandera. Henningsen discutió al principio diciendo que no se sabía aún con certeza si Lockridge había abandonado su intento, y que aun así bien podía Walker abrirse paso por entre las líneas enemigas y embarcarse en San Juan del Sur en el **Granada**. A esto último Davis replicó que no permitiría salir del puerto a la goleta, y que la apresaría antes de partir él de San Juan del Sur. La entrevista duró hasta las dos de la madrugada, hora en que Henningsen y Waters regresaron a Rivas, no sin antes prometer a Davis traerle la respuesta de Walker a las diez de la mañana, siempre y cuando las negociaciones no se rompieran.

La determinación de Davis de apoderarse de la **Granada**, matándole con ello a Walker toda esperanza de escape, no significaba para el filibustero más que un ultimátum que debía aceptar o perecer. Redactóse en el Cuartel General de Walker el convenio de capitulación, incorporando en él las propuestas de Davis, y se le añadió una cláusula tocante a las garantías que debían darse a los naturales del país que habían abrazado la causa de Walker, y de quienes nadie se había acordado en la entrevista. Walker se negaba a firmar ningún convenio que no consignara tales garantías. A la hora fijada Henningsen llevó el documento a Davis con la referida cláusula de Walker. Aprobado que fue por Davis, volvió Henningsen donde Walker por su firma. Durante su entrevista con Davis esquivó Henningsen en lo posible a los oficiales aliados, limitándose a un cambio de saludos protocolarios con dos de ellos, y esforzándose por hacer ver que él sólo trataba con el capitán de corbeta americano. Waters

volvió con el documento a donde Davis, con quien se estuvo hasta que Walker le mandó a decir que estaba listo para irse.

Entre tanto, por órdenes de Hennigsen destruíanse el arsenal y los cañones. La máquina de vapor, el fuelle y el cubilete del taller de fundición fueron también destruidos. Los filibusteros inutilizaron trece cañones rompiéndole los muñones aserraron por el medio las cureñas, y en los pozos de la ciudad echaron 1.500 libras de pólvora, 55.000 tiros, y 300.000 fulminantes. No fue pues por falta de pertrechos que los filibusteros capitularon. Sólo quedaron sin ser destruidas las armas manuales y unas seiscientas balas rasas de cañón, junto con las granadas.

A las cinco de la tarde del 1º de mayo entraron en la plaza Davis y Zavala, éste iba como escolta personal de Walker y de su estado mayor, y él mismo los haría pasar por entre las líneas aliadas. Hízose formar la tropa filibustera en la plaza para leérseles la última orden día (la No. 59). Decíales Walker en ella haber firmado el convenio en razón de solemnes seguridades dadas a él respecto de que Lockridge había renunciado a sus esfuerzos de llevarles ayuda por el San Juan, habiéndose regresado ya a Estados Unidos. Añadía que por el momento se separaba de ellos, y expresaba su agradecimiento a los oficiales y soldados que militaron bajo su mando, manifestándoles que las cosas habían llegado "a la presente situación por la cobardía de algunos, la incapacidad de otros, y la traición de muchos", pero que "pese a todo, el ejército ha escrito una página en la historia americana que será imposible olvidar ni borrar jamás. Esperamos que el futuro, si no el presente, nos juzgue con justicia". Después de este mensaje de despedida se leyó a la tropa el texto del convenio firmado por Walker y Davis. Acto seguido avanzó Hennigsen para notificarles que desde ese momento quedaban todos al mando del Capitán Davis y bajo la protección de la bandera americana, y que era de esperarse prestaran al capitán de la marina la misma ciega obediencia que habían rendido a su general en jefe. Luego

Henningsen entregó el mando de la guarnición a Davis, quien también les habló pidiéndoles ayudarlo en el desempeño de su espinosa tarea. El marino y el filibustero se encaminaron hacia el Cuartel General de Walker, y lo encontraron vacío. Walker y su Estado Mayor, mientras ocurría lo anterior, habíanse escabullido a caballo y tomado el camino de San Juan del Sur escoltados por el General Zavala. (1).

La precipitada partida de Walker resintió mucho a la tropa. Lo acusaron de haberlos abandonado en la desgracia, y de pensar sólo y antes que todo en su seguridad personal. Consideraban que, al igual del capitán de un barco que se hunde, debió haberse quedado hasta no ver al último a salvo. Pero en vez de ser así, fue el primero en buscar como salvarse abandonando a una tercera parte de sus partidarios enfermos y heridos. Fue también censurado por haber tomado una ruta de regreso a su patria distinta de la de ellos, y algunos de sus críticos dijeron que tuvo miedo de enfrentarse a otros que no fueran sus oficiales de mayor confianza, cuando había desaparecido toda sujeción a la disciplina militar. El evidente desamparo en que Walker dejó a sus soldados se hizo más ostensible aún a poco de la ocupación de la plaza de Rivas por los aliados. No había él dicho nada a Davis respecto de su arsenal, y es probable que el marino no supiera de su existencia. Los aliados, por tanto, consideraron la destrucción del arsenal una flagrante burla del convenio de capitulación, y tanto enfureció eso a los soldados que mucho costó a sus oficiales impedir que desahogaran su rabia en los ya indefensos filibusteros. (2). La rabia de los aliados, sin embargo, no tenía razón de ser, puesto que Walker no se había rendido a ellos sino al capitán de un buque de guerra americano, quien nada había estipulado acerca del armamento, como no fuera que los soldados filibusteros debían entregar sus armas; que todos los oficiales

(1) Libro de recortes de Wheeler, Vol. 4, Pág. 202; **La Guerra de Nicaragua**. Págs. 403 - 9, por Walker.

(2) Data dado personalmente al autor por el General John T. McGrath. Ver también el Vol. 4 de los libros de recortes de Wheeler, Pág. 215.

podían conservar sus armas de cinto y que Walker y sus dieciseis oficiales seleccionados por él llevaran sus espadas y revólveres. Uno de los artículos del convenio estipulaba que los hombres aún fieles a Walker no serían transportados en los mismos barcos que los desertores.

Al momento de capitular, los filibusteros tenían todavía víveres para dos o tres días, y esto era: dos bueyes, dos mulas, y algo así como diez quintales de azúcar. Durante más de un mes su dieta fue principalmente de carne de caballo y de mula, azúcar y chocolate. Con gran riesgo de sus vidas podían hacerse de unos pocos mangos en las rondas de la ciudad; pero como había quienes deseando pasarse al enemigo se hacían "capturar" cuando recogían la fruta, los que no querían manchar su reputación con sombras de sospecha no se acercaban a los mangos.

En Rivas se rindieron en total 463 hombres, clasificados así: oficiales y soldados en servicio activo, 164; heridos, enfermos, médicos y asistentes de hospital, 173; empleados de diversas dependencias y civiles armados 86; tropa nicaragüense, 40. (1). Estas cifras hablan con mayor elocuencia de lo que pudiera decirse con palabras acerca de la muerte, enfermedades y las deserciones ocurridas durante el sitio de Rivas. Cuando Walker concentró allí sus fuerzas para librar su última batalla contaba con 919 hombres. El 1º de febrero le llegaron cuarenta reclutas de California, y el 7 de marzo setenta más. Tenía por lo tanto en Rivas un total de 1.026 hombres; y como el día que capituló no le quedaban más que 463, el número de muertes y deserciones en cuatro meses de sitio alcanzó a 566, o sea el 55% del total de sus fuerzas. Digno de atención es el hecho de que cuarenta soldados nicaragüenses estuvieran con Walker hasta el último momento, sirviéndole voluntariamente. Al contrario de los generales centroamericanos, Walker nunca obligó a engrosar sus filas a ningún hijo del país, y era precisamente su temor al reclu-

(1) Tomado del informe de Henningsen que figura en el Vol. 4 de los libros de recortes de Wheeler.



tamiento forzoso lo que hacía que la gente más pobre lo considerara al principio como su libertador. Por mucho tiempo la oposición a los filibusteros en Nicaragua se circunscribió principalmente a las clases superiores, que eran los **calzados** (así en el original inglés). Fue sólo hasta cuando aparecieron los de la proveeduría montada llevándoseles sus caballos, mulas, ganado, y víveres, que los más pobres se volvieron contra los filibusteros. La visita de uno de esos de a caballo significaba para ellos el hambre, lo cual era peor que el reclutamiento durante sus guerras intestinas. Es verdad que también los jefes militares nicaragüenses se les llevaban sus víveres, pero en mucha menor cantidad que los filibusteros. El soldado del país requiere un mínimo para su manutención; a él le bastan sólo plátanos y tortillas de maíz, y en tan mínima cantidad que con esa magra dieta un filibustero se moriría lentamente de necesidad. Por su parte, el filibustero exigía sus diarias raciones de carne, y la porción que consumía de bebidas y comida era tal que los nicaragüenses la consideraban enorme. Su apetito, pues, les obligaba a saquear el país.

Los soldados nicaragüenses que Walker tenía en Rivas, en los intervalos de la lucha conversaban a menudo con sus paisanos de las trincheras contrarias. Algunos de los que estaban con los aliados decían a sus compatriotas haber sido **agarrados** (así en el original inglés) y llevados allí a la fuerza. Walker dice en su libro que de las trincheras leonesas nunca dispararon contra los americanos. (1). Walker y los oficiales de su Estado Mayor seleccionados por él, con excepción de Henningsen, se alojaron en camarotes del **Saint Mary** en la noche del día de su rendición. Davis no llegó sino hasta la mañana siguiente, cuando pidió a Walker entregarle la goleta **Granada** sin oposición alguna para no tener que hacer uso de la fuerza. El convenio de capitulación no mencionaba el barco, por consiguiente, Walker se negó a entregarlo; pero Davis, poniendo oídos sordos a los argumentos

(1) *La Guerra de Nicaragua*, Pág. 395, por Walker.

del filibustero, ordenó a su Primer Teniente Maury abordarlo y apoderarse de él. Este oficial llegó a la **Granada** exigiéndole a Fayssoux su entrega. El valeroso capitán respondió que sólo ante fuerza superior la entregaría. La **Saint Mary** apuntó entonces sus cañones a la goleta y embarcó a gente armada en sus botes. Realizada esta operación Maury intimó a Walker diciéndole que si quería evitar un derramamiento de sangre ordenara a Fayssoux rendir el barco. El filibustero vencido escribió entonces esta nota a Fayssoux: "Entregue la goleta **Granada** a Estados Unidos". Al poco rato fue arriada la bandera de Nicaragua y la de Estados Unidos subió al tope del palo mayor. La marina nicaragüense había dejado de existir. Y para colmar la copa de la amargura del filibustero, el 4 de mayo, segundo aniversario de la salida del **Vesta**, Davis entregó la goleta a los costarricenses, quienes la pusieron en manos de un negro jamaicano ayudante del General Cañas. Días después desplegó sus velas repleta de guatemaltecos con rumbo a El Realejo. Una tormenta la hizo pedazos contra los arrecifes de la costa, pero la gente se salvó. Así terminó la breve carrera del primer barco de guerra nicaragüense. (1).

Davis no tenía más autoridad para intervenir que las instrucciones recibidas de Mervine sobre la protección de la vida y propiedades de ciudadanos norteamericanos. El Secretario de Marina, sin embargo, había enviado instrucciones a Mervine de ofrecer a Walker y a los que siendo ciudadanos americanos fuesen también partidarios suyos, la oportunidad de salir de Nicaragua; pero Davis, sin conocer tales instrucciones, actuó en conformidad con ellas. El Departamento de Marina aprobó todo lo hecho por él, salvo la aprehensión de la goleta **Granada** y su entrega a una de las partes beligerantes. (2). Los sobrevivientes de la expedición, 364 en total, fueron llevados a Panamá, donde Mervine los atendió. Las mujeres y los niños evacuados de Rivas por Davis duran-

(1) Carta de Walker a Buchanan publicada en el *States*, de Washington, el 17 de junio de 1857; *La Guerra de Nicaragua*, Págs. 410 - 11, por Walker.

(2) Informe al Secretario de Marina, 1857, en House Ex. Doc. 2, 35 Cong. 1 Sess.

te las hostilidades pasaron los días críticos en casa del cónsul americano en San Juan del Sur; para su manutención los oficiales de la corbeta **Saint Mary** contribuyeron con unos cuatrocientos o quinientos dólares. Esta gente, junto con los enfermos y heridos, más los oficiales que Walker dejó, fueron enviados a San Juan del Norte, donde los médicos ingleses del **Orion** asistieron a los enfermos. El barco de guerra americano **Cyane** se los llevó a todos a Colón, 142 en total, incluyendo trece mujeres y cinco niños, a donde llegaron el 16 de junio. El **Orion**, habiéndole precedido, volvió a prestarles ayuda. El Comodoro Hiram Paulding, Comandante de la Flota del Caribe, gestionó su transporte hasta Nueva York a bordo de uno de los vapores de esa ruta, pero la compañía naviera sólo accedió a llevarlos a Nueva Orleans. Sin embargo, habiendo insistido los médicos en que debía llevarseles a un clima más septentrional, Paulding se encargó de transportarlos hasta Nueva York a bordo del **Wabash**, su barco insignia. Más de la mitad de la gente estaba enferma, y todos, cuando subieron a bordo de los barcos americanos, iban en estado de indigencia, faltas de ropa adecuada y plagados de chinches y de piojos. De los almacenes del barco se les dio lo que se pudo. El Capitán Erskine, de la armada inglesa, ofreció el **Tartar** para llevar a los sobrevivientes a Estados Unidos tan pronto como ese barco volviese de su viaje a Nueva Orleans a donde había conducido a los hombres de Lockridge, pero Paulding declinó el ofrecimiento. (1). El **Wabash** entró en Nueva York el 28 de junio con 138 refugiados; cuatro habían muerto en el viaje.

El Comodoro Mervine, entre tanto, se las veía negras con más de trescientos hombres de Walker; las tribulaciones de éstos eran también grandes y constituían además un peligro para la salud de la marinería. Los envió por tren de Panamá a Colón, de donde fueron transportados a Estados Unidos.

[1] Manuscritos de los Archivos de la Secretaría de Marina, Flota del Caribe, II, Pág. 33 y otras.

La invasión de Nicaragua no fue una excursión campestre. Se ha calculado que, en proporción numérica, las bajas de los filibusteros fueron así como el doble de las sufridas por el ejército americano en la guerra con México. El 11 de abril de 1856 los filibusteros perdieron en Rivas el veinticuatro por ciento de sus combatientes; en la segunda batalla de Masaya, el 17 de noviembre, perdieron el treinta y cinco por ciento; en el sitio de Granada el cincuenta y siete por ciento; en la primera batalla de San Jorge, el veintitrés por ciento; y en la última, el dieciocho por ciento. (1). Varios son los cálculos hechos de las bajas que por una u otra causa sufrieron los filibusteros. Monsieur Felix Belly, publicista francés que estuvo en Nicaragua poco después de la caída de Walker, y que dejó un muy entretenido aunque no muy exacto relato de lo que vio y supo allá, dice que en Nicaragua murieron catorce mil filibusteros. (2). Según otro cronista, de los estados americanos del Atlántico salieron siete mil aventureros hacia Nicaragua y unos tres mil quinientos de California. (3). Ambos datos son burdas exageraciones. La fuerza efectiva de Walker nunca pasó de mil doscientos hombres, y el mayor número que lanzó al combate fue de ochocientos, en su primera batalla de Masaya. De acuerdo con un informe que se dice preparó el ayudante general de Walker, el total de soldados enganchados hasta el 24 de febrero de 1857, con exclusión de los del país, empleados de las diversas dependencias, y ciudadanos voluntarios, fue de 2.288. (4). Después de esa fecha sólo le llegaron setenta reclutas más. Henningsen, que relata pormenores con precisión militar, fija el total de enganchados desde el desembarco de Walker hasta el día de su rendición en 2.518 hombres. Este dato incluye los contingentes omitidos en el informe del ayudante general del líder filibustero. Como puede verse, ambos informes concuerdan. Henningsen da cuenta también de lo que ocurrió a los filibusteros enganchados: Mil murie-

(1) Informe de Henningsen. Ver Vol. 4, Pág. 208 del libro de recortes de Wheeler.

(2) *A Traverss l'Amérique Centrale*, Vol. 1, Pág. 285, por Felix Belly.

(3) *Dublin Review*, XLIII, Pág. 375.

(4) *Nicaragua*, Págs. 209 - 10, por Peter F. Stout (Filadelfia, 1859).

ron en combate o de enfermedades; 700 desertaron; 250 fueron dados de baja; 80 cayeron prisioneros estando de guardia en poblaciones o en vapores, y el resto se rindió en Rivas, con excepción de unos pocos más de quienes no se da cuenta. El treinta y cuatro por ciento de las fuerzas fue muerto o herido; el cuarenta por ciento cayó víctima de las balas aliadas o de las enfermedades; el veintiocho por ciento desertó; el diez por ciento fue dado de baja; el cuatro por ciento fue hecho prisionero o no se supo nunca de ellos. Tan sólo quedó el dieciocho por ciento que se rindió en Rivas.

Los cálculos referentes a las bajas sufridas por los centroamericanos son sólo presunciones, pero no es muy aventurado decir que fueron cuatro o cinco veces mayores que las de los filibusteros. No tenían armas de precisión ni eran duchos en el manejo de las suyas, mientras que los otros eran en gran parte expertos tiradores. El francés M. Belly ardiente simpatizador de los aliados en su lucha contra Walker, describe con gran elocuencia los horrores que los atormentaban. "El cólera y las plagas", dice, "junto con los rifles americanos hacían de cada ciudad una tumba y de cada jornada una hecatombe . . . Aquello no fue una guerra, fue una carnicería". (1). Y también el Presidente Mora, después de la batalla de Rivas del 11 de abril de 1856, declaró que los filibusteros pelearon más como demonios que como hombres, y que el peor enemigo, tanto de los filibusteros como de los costarricenses, había sido el clima de Nicaragua, al que atribuyó la pérdida de mil soldados suyos. (2). Henningsen, cuyos cálculos son tan buenos como los mejores, pone en 17.800 hombres la fuerza total lanzada por los aliados contra Walker. De esa cifra, 11.550, dice, eran soldados centroamericanos llegados a Nicaragua. El total de aliados muertos y heridos en combate lo calcula en 5.860, pero no se arriesga a estimar cuántos murieron del cólera y otras enfermedades.

(1) Obra citada de Belly, Pág. 285 del Vol. I.

(2) Times, de Nueva York, 9 de marzo de 1857.

(1). Los cálculos de Henningsen respecto al número y a las pérdidas de los aliados son mucho más moderados que los remitidos por corresponsales de periódicos cuando ocurrieron los sucesos; de manera pues que estos reportajes deben leerse con cautela. Las cifras de Henningsen, en cambio, provienen de un avezado observador militar, quien nada ganaba con exagerar el número de las fuerzas contrarias ni con empequeñecer las propias, y son por consiguiente más dignas de fe que las calculadas al buen tuntún por los reporteros.

No hubo regocijo en Estados Unidos por la caída de Walker, como no fuera de parte de los acérrimos opositores a la extensión de la esclavitud. De mucho consuelo fue el hecho de que Walker hubiera sido derrotado gracias sólo a la ayuda facilitada por Vanderbilt, Spencer, y Davis, americanos todos. (2). El más fuerte calificado opositor del filibusterismo fue Horace Greeley, cuyo diario **Tribune**, de Nueva York, si bien expresaba contento por el desenlace, decía: "En vano buscamos en toda su carrera un solo acto de cordura o perspicacia. Todo su éxito se debió a la absoluta postración en que a causa de las guerras civiles se encontraba el pueblo de Nicaragua y al querer vivir en paz a toda costa". (3). Por otro lado, el **Harper's Weekly**, que en varios artículos censurara diversas fases de la campaña de Walker, pedía al **Tribune** mostrara la forma en que el cierre de la ruta del tránsito interoceánico, que causó el debilitamiento de Walker, había redundado en beneficio de la civilización o del comercio, y añadía que si un considerable sector del pueblo nicaragüense pidiera a Walker volver al país, y él viese la conveniencia de ligar sus intereses a los de la Compañía Accesoría del Tránsito que lo había arruinado, su segunda toma de

---

(1) Atribúyese al Presidente Mora haber dicho que los estragos del cólera y la proximidad de las lluvias había hecho inevitable la disolución del ejército aliado en veinte días si Walker hubiera podido sostenerse durante ese tiempo. Vol. 4 de los libros de recortes de Wheeler, Pág. 249.

(2) Vol. 4, Pág. 239 de los libros de recortes de Wheeler.

(3) **Weekly Tribune**, Nueva York, 3 de julio de 1857.

posesión de la presidencia de la república no sería causa de hondas lamentaciones. (1).

La prensa británica, desde luego, exteriorizó su regocijo al ver que Walker había dejado de ser elemento perturbador en la América Central. Pocos ingleses, si es que sus diarios eran fiel reflejo de la opinión pública, parecían haber comprendido los propósitos de Walker. Para ellos fue siempre un bandido, un granuja, un desalmado saqueador, y cabecilla de una chusma armada. El **Times**, de Londres, deploró que Davis hubiera intervenido y evitado "el ignominioso fin de la carrera de los filibusteros, como no fuera que el estado de desesperación en que se hallaban les hubiese hecho ver que la muerte era lo único que les esperaba a todos". Y a continuación: "Que Estados Unidos pelee y conquiste si ve razón para ello y está dispuesto a asumir la responsabilidad; pero es un oprobio que una nación celosa de su buen nombre se convierta en patrocinadora —aunque solapada— de bandidos tales como esos filibusteros y su jefe". (2). Después de medio siglo la idea de que los gobiernos de Pierce y de Buchanan utilizaron a Walker como instrumento para efectuar la anexión de partes de la América Central aún persiste, y sólo entre los escritores ingleses.

---

[1] **Harper's Weekly**, Vol. 1, Pág. 530.

[2] **Times**, de Londres, del 18 de junio de 1857. Hermosas palabras, esas, de una nación que salió a dar sus primeros pasos por el mundo con las expediciones piráticas de los vikingos y normandos, y que debe su imperio de Oriente y el dominio de los mares a los bucaneros de los siglos XVI y XVII. Y más aún: La invasión del Transvaal, encabezada por Jameson, (+) está todavía fresca en la memoria de los hombres.

(+) Sir Leander S. Jameson, inglés nacido en 1853 y muerto en 1917, invadió ese territorio del África del Sur en 1906 y logró al fin extender de esa manera el imperio colonial de la Gran Bretaña. (N. del T.).